

# Hasta que viniera la Simiente – Segundo Advenimiento

---

## Gálatas 3:19

«Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador» (Gálatas 3:19).

Al considerar cada cláusula particular de este versículo por sí misma, hemos encontrado que la **ley de Dios** —los **Diez Mandamientos** en forma escrita, tal como fueron dados en el Sinaí y como están en la Biblia— es la ley a la que preeminentemente se refiere y es la única que cumple todos los requisitos de todas las especificaciones consideradas hasta ahora. ¿Qué hay entonces de esta cláusula: «*hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa*»?

Se hace referencia a **dos leyes** en Gálatas. Eso está establecido. Ambas fueron añadidas; y ambas fueron añadidas a causa de las transgresiones. Pero, ¿cuál es preeminentemente la ley a la que se refiere en ese pasaje y su contexto? Esa es la cuestión aquí.

También hay **dos venidas de la simiente**, que es Cristo; y es apropiado y justo preguntar: «¿A qué venida se refiere aquí?» ¿Por qué alguien debería establecer y fijar firmemente como la venida de este pasaje una venida que requiere que también se establezca y fije una ley como la ley del pasaje, la cual no cumple con los requisitos del pasaje en su contexto? Esto es lo que se ha hecho; y ha sido el gran defecto en la consideración habitual de este pasaje de las Escrituras.

Aquellos que son **enemigos de la ley de Dios** en cualquier forma, y que se alegrarían de verla abolida en todas sus manifestaciones, pero que no saben que esa ley no podría ser abolida bajo ninguna posibilidad, siempre han retorcido este versículo para que sirva a esa causa terriblemente equivocada. Estos se aferran con avidez y establecen que la venida de la Simiente a la que aquí se hace referencia es la **primera venida de Cristo**. Nunca miran más allá de la cláusula única: no les interesa hacerlo; porque el único uso que tienen para esta escritura es apoyar su determinación de que la ley de Dios ha sido abolida. Así actúan los enemigos de la ley de Dios.

Por otro lado, los **amigos de la ley de Dios** saben que es cierto que hubo una ley abolida en la primera venida de Cristo. Y dado que aquí hay una ley que fue añadida «*hasta que viniera la simiente*», estos amigos de la ley de Dios aceptan, e incluso se deciden por, la afirmación de los enemigos de la ley de Dios, de que la primera venida de Cristo es la venida a la que aquí se refiere: entonces, y consecuentemente, se decide que la ley que fue abolida es la ley a la que aquí se hace referencia. Pero debe confesarse que esta es una forma débil de abordar

el asunto. Presenta más el aspecto de una **petición de principio** que de un estudio y descubrimiento real de la verdad tal como está en la Palabra, por el bien de la verdad misma. De hecho, no hay nada en el pasaje, ni en toda esta conexión, que sugiera la abolición de ninguna ley.

El tema es: «¿*Para qué sirve la ley?*» ¿Cuál es el propósito, el objeto y el fin de la ley?

Pero hay dos venidas de la Simiente. Hay otra, la **segunda venida de Cristo**, así como hubo la primera. ¿Es imposible que esta segunda venida de la Simiente sea la venida a la que se refiere este pasaje? Hay otras expresiones similares en las Escrituras.

Por ejemplo, Ezequiel 21:27. Hablando de la remoción de la diadema y la corona del rey de Judá, dice: «*Lo trastornaré, trastornaré, trastornaré, y no será más, hasta que VENGA aquel cuyo es el derecho; y a él se lo entregaré*». ¿Qué venida es esta? La respuesta a esta pregunta solo puede darse considerando los hechos del caso. Él vino, pero en lugar de recibir esa corona, recibió una **corona de espinas**; en lugar de sentarse en ese trono, fue clavado en la cruz. Así que sabemos que esa no fue la venida a la que se refiere el texto, sino que es su segunda venida «*sentado en el trono de su padre David, y teniendo sobre su cabeza muchas coronas. Entonces el reino de este mundo viene a ser el reino de nuestro Señor, y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos*» (Apocalipsis 11:15). Y esta es la venida de aquel cuyo es el derecho, a la que se refiere el texto, y entonces le será entregado.

De nuevo, está escrito que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente. Esa Simiente VINO, y no hirió la cabeza de la serpiente, sino que *él mismo fue herido* en su lugar (Isaías 53:5). Y después de que él hubo venido, y así había sido herido, incluso hasta la muerte; había resucitado de entre los muertos; y había ascendido al cielo —incluso treinta años después de estas cosas— estaba escrito: «*El Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies*» (Romanos 16:20).

En Daniel 2 está escrito: «*En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido; y este reino no será dejado a otro pueblo, sino que desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, y él permanecerá para siempre*» (Daniel 2:44). Todos sabemos que los ministros de hoy generalmente sostienen que esto se hizo en la primera venida de Cristo: que allí la piedra fue cortada sin manos, y debía rodar y rodar y rodar, hasta que llenara toda la tierra. Pero NOSOTROS sabemos que cuando él estuvo aquí, dijo: «*Mi reino no es de este mundo*», y «*no es de aquí*» (Juan 18:36). Y así sabemos que esta escritura se cumple en su **segunda venida**.

Ahora bien, ¿por qué debería pensarse que es imposible que Gálatas 3:19 se refiera a su segunda venida? Miremos la situación tal como está en el texto, con su contexto: «*hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa*». ¿Qué promesa? —La **promesa de la herencia**, incuestionablemente: como está escrito: «*Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios se la dio a Abraham por medio de una promesa. ¿Entonces para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa*». Así queda establecido por la Palabra misma que la promesa a la

que se refiere es la **promesa de la herencia**. Y sea cual fuere la ley a la que aquí se hace referencia, fue dada, añadida, hasta que Él venga a quien fue hecha la promesa de la herencia.

Ahora bien, ¿en su primera venida recibió Él algo de la herencia? —No; no más de lo que la recibió Abraham, a quien, junto con él, se le hizo la promesa. Él *«no tenía dónde recostar su cabeza»*. Y de Él era igualmente cierto, como con Abraham, que *«no recibió «ninguna herencia en ella, ni siquiera para asentar su pie»*.

Nótese, además, particularmente, que la cláusula dice: *«Hasta que viniera la simiente a quien»* —no acerca de quien, sino **A quien**— *«fue hecha la promesa»*. Es decir, la promesa a la que se refiere le fue hecha a **ÉL, personalmente**; y no simplemente a alguien, *acerca de él*. Pero el texto establece que la promesa es la **promesa de la herencia**. Esta promesa fue hecha a Abraham y a su simiente, que es Cristo; y esto se hizo cuando la promesa fue hecha a Abraham. Pero, además, también se hizo **A la simiente misma en persona**, que es Cristo. Léase en el segundo Salmo: *«Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra»* (Salmo 2:7, 8). Aquí está la promesa de la herencia hecha directamente a la simiente, que es Cristo.

Ahora bien, ¿cuándo se cumple esta promesa? Y cuando algo deba ser hecho, creado o instituido *«hasta que viniera la simiente A quien» fue hecha esa promesa, entonces ¿cuál venida sería la verdadera y la única lógica que podría considerarse?* —Claramente, la venida que sería al **recibir la herencia** A LA QUE SE REFERÍA LA PROMESA; y con la cual únicamente la promesa está relacionada.

Por lo tanto, considerando lo que las Escrituras declaran claramente que es la promesa —la **promesa de la herencia**— y considerando que esta promesa se relaciona y pertenece particularmente, y sobre todo, a su **segunda venida**, es evidente que la segunda venida de Cristo, más que la primera, es a la que se refiere la cláusula *«hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa»*.

Y puesto que por cada otra cláusula del versículo hemos encontrado que la **ley de Dios**, tal como fue dada en tablas de piedra en el Sinaí y en la Biblia, es a la que preeminentemente se refiere, y la única que cumplirá todas las especificaciones de todas las cláusulas; y puesto que la venida a la que se refiere en esta cláusula es la venida en conexión con la herencia y la recepción de la misma, esto zanja la cuestión más allá de toda posibilidad de controversia: que la **ley de Dios**, los **Diez Mandamientos**, tal como fueron dados en las tablas de piedra y en la Biblia, debe permanecer en plena vigencia y obligación hasta la **segunda venida de Cristo** y el fin del mundo. Y todos sabemos que no será abolida entonces.

Siempre es cierto que aquellas escrituras en las que Satanás se fija y usa con mayor tenacidad para probar la abolición de la ley de Dios, son precisamente aquellas que, cuando se comprenden verdaderamente, demuestran de la manera más concluyente y hermosa su **integridad y obligación perpetuas**.

Miremos el tema más a fondo. La herencia es lo que se refiere en la promesa. Pero, ¿con qué está conectada la herencia? —Claramente, y solo, con el **pacto de Dios con Abraham**—el **pacto eterno**. Nótese en el contexto que *«el pacto [es decir, el pacto con Abraham, el pacto eterno] que fue confirmado antes por Dios en Cristo, la ley, que vino cuatrocientos treinta años después, no lo puede anular para invalidar la promesa [la promesa de la herencia de ese pacto]»* (Gálatas 3:17).

Como hemos visto en un estudio anterior, la herencia es el elemento principal en el **pacto con Abraham**, el **pacto eterno**. De hecho, Dios hizo el pacto con Abraham con la promesa a Abraham de que heredaría aquello que Dios había prometido. Porque después de que Dios se lo hubo prometido, Abraham dijo: *«¿En qué conoceré que la he de heredar?»* Y, en respuesta, Dios hizo con él, y entró con él en, ese **pacto de sangre**, en el cual empeñó su vida para que la promesa de la herencia nunca fallara (Génesis 15:8-18).

Y como también encontramos en estudios anteriores, todo lo que vino después de que se hizo ese pacto, fue, al bendecir a los hombres, para permitirles alcanzar la plenitud de ese pacto, y la herencia de la cual ese pacto eterno es la garantía. Y este era exactamente el objetivo de la entrega de la **ley de Dios** en tablas de piedra en el Monte Sinaí y en la Biblia. Porque si los hombres hubieran guardado ese pacto, habrían tenido en cuenta la ley de Dios, y no habría habido necesidad de que fuera proclamada desde el Sinaí o grabada en las tablas de piedra. El objetivo de esa ley, así escrita y dada a los hombres, llevando las transgresiones a un punto crítico, haciendo que los pecados abundaran, fue y es que los hombres pudieran encontrar la gracia de Cristo mucho más abundante, —para que a través de él pudieran alcanzar la plenitud de ese pacto eterno con Abraham, y así la herencia de la cual ese pacto fue y es la garantía.

Y permitir que la venida de la simiente a quien fue hecha la promesa de la herencia sea la **segunda venida de Cristo**, y no la primera, —esto da la oportunidad a la **ley de Dios**, en su forma escrita, de cumplir su gran objetivo, que es llevar a los hombres, mediante la fe en Cristo, a la **plenitud de ese pacto eterno**. La plenitud de ese pacto eterno es la **justicia de Dios** —la **observancia de los mandamientos** y la **fe de Jesús**. Y los hombres deben ser llevados a la plenitud de ese pacto eterno para que puedan recibir la herencia, de la cual ese pacto eterno es la garantía.

Que esta visión es la correcta, y es la verdad del asunto, se enfatiza por el hecho de que el **pacto eterno** no se cumple en su plenitud, en los creyentes, hasta la **segunda venida de Cristo**; es decir, hasta que la simiente realmente venga a quien fue hecha la promesa de la herencia.

Una de las provisiones de ese **pacto eterno** es: *«Pondré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones»*. Y esa provisión no se cumplirá en su plenitud hasta que, por medio del **Mensaje del Tercer Ángel**, los hombres sean llevados a la observancia real de *«los mandamientos de Dios y la fe de Jesús»*; para que el Señor, mirando desde el cielo sobre ellos, pueda decir, en perfecta verdad: *«Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús»* (Apocalipsis 14:12).

Otra provisión de ese pacto es: *«Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande»* (Hebreos 8:11). Aunque ahora vivimos en los tiempos del **nuevo pacto** tan realmente como Abraham, ni el mundo ni nosotros hemos llegado a ese punto en el que ya no sea necesario que ningún hombre enseñe a su prójimo o a su hermano, diciendo: *«Conoce al Señor»*. Y esta parte del **pacto eterno** no se cumplirá en su plenitud hasta que, a través de la bendición y el poder de Dios en el **Mensaje del Tercer Ángel**, el **misterio de Dios** haya sido terminado (Colosenses 1:26, 27; Apocalipsis 10:7).

No es necesario aquí examinar todas las cláusulas del nuevo pacto una por una. Estas son suficientes para ilustrar la verdad de que el **pacto eterno**, el **nuevo pacto**, el **pacto con Abraham**, que es la garantía de la herencia prometida a la Simiente, no se cumple en su plenitud en aquellos que lo aceptan, hasta la **segunda venida de Cristo**.

Y si esto no es lo suficientemente claro por las escrituras presentadas, o no es lo suficientemente convincente, entonces léanse las siguientes frases del **testimonio de Jesús**, que es el **Espíritu de Profecía**: —

*«Fue a medianoche cuando Dios escogió liberar a su pueblo. Mientras los impíos se burlaban a su alrededor, de repente apareció el sol; brillando con su fuerza, y la luna se detuvo. Los impíos miraron la escena con asombro, mientras los santos contemplaron con gozo solemne las señales de su liberación. Señales y prodigios se sucedieron rápidamente. Todo parecía haberse salido de su curso natural. Los arroyos dejaron de fluir. Nubes oscuras y pesadas se levantaron y chocaron entre sí. Pero había un lugar claro de gloria establecida, de donde venía la voz de Dios como muchas aguas, sacudiendo los cielos y la tierra. Hubo un poderoso terremoto. Las tumbas se abrieron, y aquellos que habían muerto en la fe bajo el **Mensaje del Tercer Ángel**, guardando el sábado, salieron de sus lechos polvorientos, glorificados, para escuchar el pacto de paz que Dios iba a hacer con aquellos que habían guardado su ley.*

*«El cielo se abría y se cerraba, y estaba en conmoción. Las montañas temblaban como cañas al viento, y arrojaban rocas dentadas por todas partes. El mar hervía como una olla y arrojaba piedras sobre la tierra. Y mientras Dios pronunciaba el día y la hora de la venida de Jesús, y entregaba el **Pacto Eterno** a su pueblo, habló una frase, y luego hizo una pausa, mientras las palabras recorrían la tierra. El Israel de Dios permanecía con sus ojos fijos hacia arriba, escuchando las palabras que salían de la boca de Jehová, y rodaban por la tierra como estampidos del trueno más fuerte... Los impíos no podían mirarlos [a los santos] por la gloria. Y cuando la bendición interminable fue pronunciada sobre aquellos que habían honrado a Dios guardando su sábado santo, hubo un poderoso grito de victoria sobre la bestia y sobre su imagen»* (Primeros Escritos, págs. 145, 146).

La siguiente cita también, aunque trata sustancialmente de lo que se encuentra en la cita anterior, contiene afirmaciones que hacen que valga la pena imprimirla en esta conexión: —

*«Con gritos de triunfo, burla e imprecación, multitudes de hombres malvados están a punto de abalanzarse sobre su presa, cuando he aquí, una densa oscuridad, más profunda que la*

*negrura de la noche, cae sobre la tierra. Entonces un arco iris, brillando con la gloria del trono de Dios, se extiende por los cielos y parece rodear a cada grupo que ora. Las multitudes enfurecidas son repentinamente detenidas. Sus gritos de burla se apagan. Los objetos de su rabia asesina son olvidados. Con terribles presentimientos contemplan el símbolo del **pacto de Dios**, y anhelan ser protegidos de su brillo abrumador... En medio de los cielos airados hay un espacio claro de gloria indescriptible, de donde viene la voz de Dios como el sonido de muchas aguas, diciendo: «Hecho está». Esa voz sacude los cielos y la tierra. Hay un **poderoso terremoto**, «como no lo hubo desde que los hombres han estado sobre la tierra, un terremoto tan grande»... Las tumbas se abren, y «muchos de los que duermen en el polvo de la tierra» «despertarán, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua». Todos los que han muerto en la fe del **Mensaje del Tercer Ángel** salen del sepulcro, glorificados, para escuchar el pacto de paz de Dios con aquellos que han guardado su ley...*

*«La voz de Dios se oye desde el cielo, declarando el día y la hora de la venida de Jesús y entregando el **pacto eterno** a su pueblo...*

*«Pronto aparece en el oriente una pequeña nube negra, de aproximadamente la mitad del tamaño de la mano de un hombre. Es la nube que rodea al Salvador, y que en la distancia parece envuelta en oscuridad. El pueblo de Dios sabe que esta es la señal del **Hijo del Hombre**. En solemne silencio la contemplan mientras se acerca a la tierra, volviéndose más clara y gloriosa hasta que es una gran nube blanca, su base una gloria como fuego consumidor, y sobre ella, el **arco iris del pacto**» (El Gran Conflicto, págs. 635-641).*

Y cuando los santos de Dios hayan alcanzado así la plenitud del **pacto eterno**, el **pacto con Abraham**, cuando el objetivo de la entrega de la ley desde el Sinaí y en la Biblia haya sido así cumplido, la ley no será entonces abolida, sino que será **guardada en la mente, en el corazón, en el alma**, tal como lo fue por Adán, Enoc, Noé y Abraham, cuando aún «no había necesidad de que fuera proclamada desde el Sinaí, o escrita en las tablas de piedra». En lugar de ser entonces abolida, será observada y vivida más plena y perfectamente que nunca antes por los hombres.

Y esto es «¿Para qué sirve la ley?» Y esta es la razón por la que «fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la simiente a quien fue hecha la promesa [de la herencia], y fue ordenada por [la disposición, la gran hueste de] ángeles en mano de un mediador».

Estamos completamente convencidos de que los adventistas del séptimo día pueden dedicar un estudio más genuino y mucho más provechoso a Gálatas 3:19, y al resto del capítulo, y a todo el libro, de lo que nosotros o cualquier otra persona le ha dedicado hasta ahora.

[Advent Review and Sabbath Herald | 13 de marzo de 1900]